

DOMINDO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56, 1.6-7): *Practicad la justicia.*

Salmo (66, 2-3.5.6y8): «*Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben*»

2ª lectura (Romanos 11, 13-15.29-32): *También ellos alcancen misericordia.*

Evangelio (Mateo 15, 21-28): *Que se cumpla lo que deseas.*

Pese a tener en el texto sagrado, el sentido de su elección en la persona del patriarca Abraham, al pueblo le fue siempre difícil aceptar que su vocación era la de ser un pueblo para los demás. La elección no era solo un privilegio; era también una misión: «*En ti serán benditas todas las naciones*» (Génesis 12,3). Pero Israel pretendía guardar una sana distancia respecto a esas naciones. Tenía más miedo a contaminarse que a fallar en su misión de ser bendición para todos los pueblos.

Dios, para mantener esta misión universal en la conciencia de su pueblo, les manifestaba, numerosas veces, su deseo de salvación para todos, a través de profetas y sabios. Isaías anuncia ya próxima la salvación de parte de Dios y, por lo mismo, insta al pueblo a velar por el derecho y practicar la justicia. Una pretendida piedad sin justicia no es sino una simple evasión de las responsabilidades entre los seres humanos, so pretexto de estar atendiendo a las cosas de Dios. Y para completar el cuadro, Isaías no se refiere a los judíos, sino a los extranjeros fieles a la alianza, como aquellos que serán conducidos al monte santo para llenar de alegría al templo. Parece que Dios está más interesado en que se respete el derecho de todos y se ponga en práctica la justicia.

«*Que te alaben, Señor, todos los pueblos*», cantaba el salmista, y eso es precisamente lo que dice el profeta también: «*Mi templo será casa de oración para todos los pueblos*». Judíos y no judíos, judíos y gentiles, judíos y paganos... Para el pueblo de Israel, era muy claro quién constituía su “*nosotros*”, los de la misma sangre, los descendientes de Abraham, los rescatados de la esclavitud de Egipto, el pueblo de la Alianza. ¿Y los demás? Los demás son como perros.

Jesús quiere dar una lección más clara a sus discípulos, y les hace constatar que en todas partes hay necesidad de compasión. Que también los extranjeros, “*los perros*”, tienen sentimientos y sufren, que aman a los suyos y les duele cuando algo malo les sucede. ¿Acaso no compartimos todos los seres humanos gozos y penas semejantes? ¿No hay algo que nos hermana más allá de las diferencias étnicas y que pasa por encima de las fronteras trazadas por algunos?

Se que nunca se les quitará el alimento a los hijos para dárselo a los perros, pero puedo imaginar perfectamente a un cachorrito mirando a la mesa de sus amos, moviendo su colita, paseándose inquieto entre las piernas de los comensales, viendo por dónde caen algunas migajas que quizás ni le hagan falta para su alimentación. Disfrutará estando cerca de los que sabe que lo quieren y compartiendo su vida, incluida la comida. Pero lo que el perrito espera no son migajas de pan, sino de compasión y cariño. Y de la mesa del divino Maestro cayeron migajas de compasión para aquellos “*perritos*” de Dios.

Dice Jesús que Él solo ha sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel. Es cierto que estas palabras nos pueden desconcertar un poco porque todos creemos que la salvación de Dios es universal. Pero no las podemos aislar del resto del mensaje de Jesús. En este mismo evangelio, Jesús mandó a sus apóstoles que hicieran discípulos «*a todos los pueblos*» (Mt 28,19). Es lógico pensar que Jesús sintiera un amor preferente por los miembros de su propio pueblo, el pueblo judío.

Pero el amor preferente en Jesús nunca es amor excluyente. Y el mejor ejemplo es esta mujer que aparece en el evangelio. Verdadera campeona de la fe. ¿Quién era esta mujer? No lo sabemos. Tan solo sabemos que era una mujer cananea, lo que es lo mismo que decir que era una mujer pagana. Es decir, no israelita. Queda en el misterio el saber por qué esta mujer no solo conocía a Jesús, sino que creía en Él, pues las tres veces que se dirige a Jesús no lo hace como si estuviera tratando con un mago o un profeta con poderes, sino que se dirige al Señor con un profundo respeto y con fórmulas que son actos de fe. Esta mujer creía en Jesús.

La mujer gritó a Jesús su petición. Es un grito no de enfado sino de súplica sincera. En este primer momento Jesús no responde nada. Solamente la mediación de los discípulos provoca la respuesta de Jesús. Las primeras palabras de Jesús no son muy alentadoras para la mujer, pero esta no se rinde. No censura a Jesús porque no le haya dado lo que ella esperaba, no se aleja de Jesús, no se deprime. ¿Qué hace esta mujer? Se acerca hasta Jesús y se postra ante Él. No quiere discutir las razones de Jesús. Es una mujer de fe que busca a Dios y se postra ante Él y formula una oración sencilla y sincera: «*Señor ayúdame*».

El refrán que Jesús le dirige a la mujer después de que ella se haya postrado delante de él tampoco es muy favorable. Sin embargo, esta mujer no se da por vencida; argumenta brillantemente las palabras de Jesús y con gran humildad le dice a Jesús que también ella, aunque no sea israelita, puede gozar de esa salvación de Dios. Las últimas palabras de Jesús son, por fin, de admiración ante la fe y la perseverancia de esta mujer. Como resultado de esta escena la hija de esta mujer extranjera quedó sanada. En pocos israelitas Jesús ha reconocido una fe tan grande como en esta mujer. Ojalá que la fe tan grande de esta mujer pueda servirnos de ejemplo para nuestra vida.